

LA PRIMERA GRAN BATALLA NAVAL EN LA HISTORIA ARGENTINA: MBORORÉ



Alberto E. Gianola Otamendi⁽¹⁾

En días en que, por la elección de S.S. Francisco, primer jesuita consagrado Papa, se ha revalorizado la acción de la Compañía de Jesús en su largo y duro peregrinar misionero en los lugares más remotos, pobres e inhóspitos del orbe, encuentro un hecho a extraer de polvorientos archivos.

Mucho debe nuestro país (también Paraguay) a esa orden religiosa, no solamente en cuanto a la evangelización espiritual, la alfabetización y la educación, sino también en cuanto a la consolidación de los límites internacionales.

Apenas recordado tras casi cuatrocientos años, un sórdido conflicto tuvo lugar en buena parte del territorio que hoy ocupan Argentina, Paraguay, Brasil y Uruguay. No fue una guerra clásica entre fuerzas regulares de actores estatales⁽²⁾, sino entre verdaderos ejércitos que no respondían ni a reyes ni a imperios, banderas o uniformes.

Sus objetivos tampoco respondían, *a priori*, a intereses nacionales, sino mucho más a ambiciones comerciales y económicas basadas en la explotación humana. Los Estados dirimían sus aspiraciones en forma encubierta, tercerizando su accionar para expandir su influencia y su dominio.

En los siglos XVI y XVII, huestes organizadas de cazadores de hombres saqueaban las poblaciones de las reducciones jesuíticas y secuestraban hombres, mujeres y niños útiles para el trabajo. Pocos padres misioneros intentaban proteger a su vulnerable grey.

Lo cierto es que una batalla esencialmente naval (fluvial y anfibia, en rigor), en 1641, resultó determinante para la influencia de las hordas traficantes. En esa ocasión, se enfrentaron miles de combatientes organizados en centenares de naves fluviales (canoas y balsas, algunas artilladas y protegidas), con apoyos de fuego y de logística en las riberas del río Uruguay.

Hay acciones bélicas que sólo sirven para entretener a militares o a historiadores. No obstante, hay otras que fueron realmente importantes desde el punto de vista estratégico, aunque no sean muy difundidas. Por ejemplo, la batalla de Mbororé, que nadie recuerda hoy y, sin embargo, ha sido sumamente trascendente en nuestra historia, puesto que impidió que la actual Mesopotamia argentina fuera territorio brasileño. Esta

Alberto E. Gianola Otamendi es Capitán de Fragata (R) de la Armada Argentina, Capitán de Ultramar y Capitán Fluvial. Asimismo, es Licenciado en Sistemas Navales, Perito Naval y Security Advisor en el Golfo de Guinea.

(1) Sobre textos referidos.

(2) Como dictarían artificiosas leyes modernas.

REDUCCIONES JESUÍTICAS

- 1 Yapeyú
- 2 La Cruz
- 3 Santo Tomé
- 4 San Borja
- 5 San Nicolás
- 6 San Luis
- 7 San Lorenzo
- 8 San Miguel
- 9 San Juan
- 10 Santo Ángel
- 11 Apóstoles
- 12 Concepción
- 13 Santa María
- 14 San Javier
- 15 Mártires
- 16 San José
- 17 San Carlos
- 18 Candelarias
- 19 Santa Ana
- 20 Loreto
- 21 San Ignacio Miní
- 22 Corpus
- 23 Jesús
- 24 Trinidad
- 25 Itapua
- 26 San Cosme
- 27 Santiago
- 28 Santa Rosa
- 29 Santa María de Fe
- 30 San Ignacio Guazú



Los ríos son arterias vitales del país. La inmensa variedad de usos se encuentra subexplotada o ignorada.

rápida recopilación propone pensar en las dificultades y la complejidad de la colonización americana, las dificultades de la delimitación de las naciones poscoloniales y la mecánica práctica y periférica de las luchas de las potencias mundiales.

Sirve, además, para poner en valor un hecho histórico de gran magnitud, rescatándolo de un injusto olvido, y de homenaje a la Compañía de Jesús y a otras órdenes religiosas que fundaron pueblos, evangelizaron en la fe, educaron comunidades, protegieron a los hombres de prácticas injustas y desarrollaron regiones.

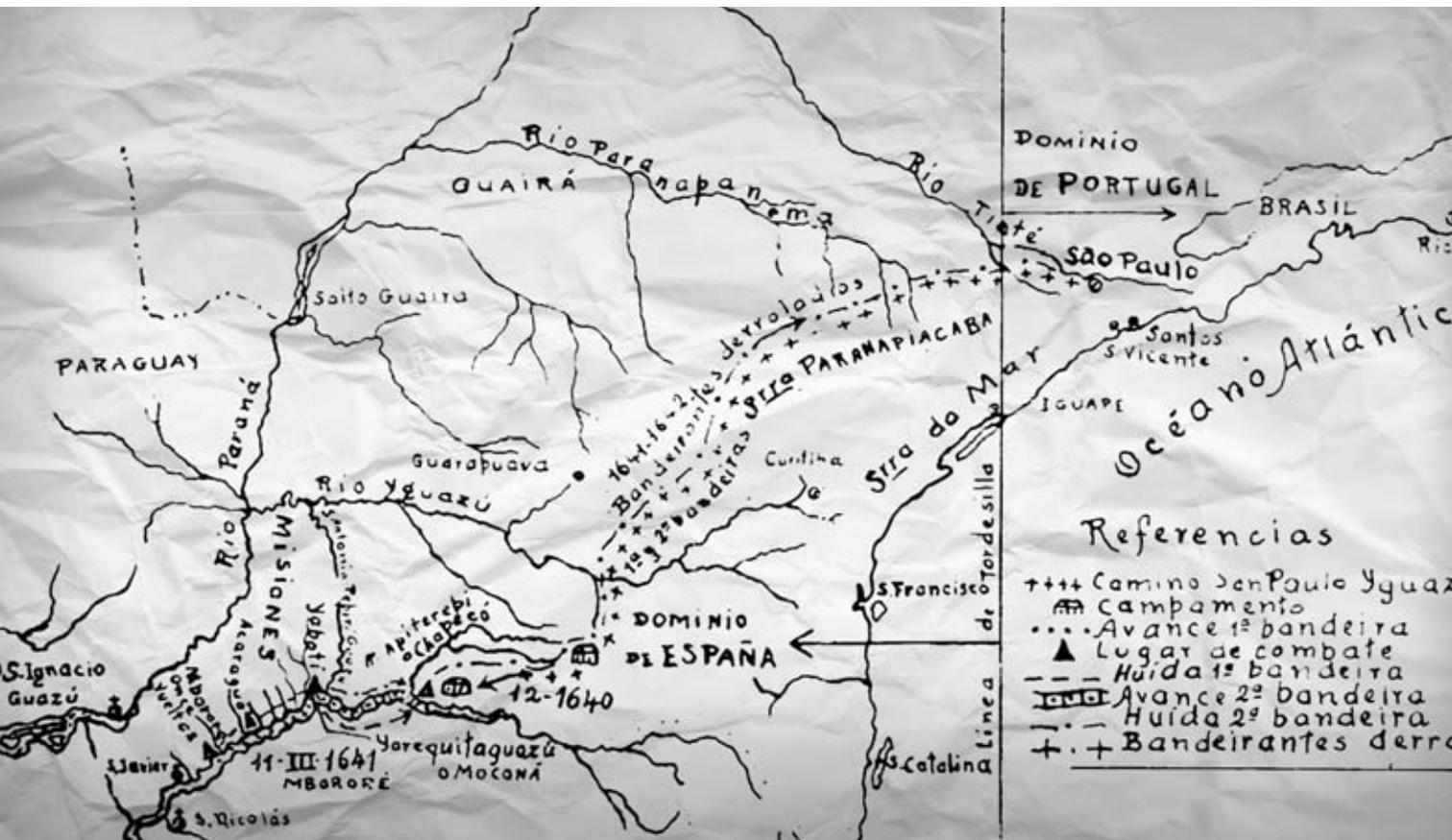
Por último, podría ser útil al análisis de la defensa y la seguridad nacionales, viejos conceptos tan artificialmente segregados, poco debatidos y desatendidos en la actualidad. Pues lo cierto es que hoy hay conflictos y amenazas de formato similar.

Aquí se habla, también, de determinación, compromiso, empeño, ingenio y coraje.

La Batalla de Mbororé

La batalla de Mbororé ocurrió el 11 de marzo de 1641. Fue un choque bélico entre las misiones jesuíticas guaraníes y los *bandeirantes* portugueses, cuyo centro de acción estaba en San Pablo.

Los contendientes eran habitantes de dos imperios ya olvidados. Por un lado, los guaraníes, que vivían en las reducciones jesuíticas de lo que hoy es la parte suroriental de la



República del Paraguay y las provincias de Misiones y Corrientes (República Argentina). Estas reducciones conformaban una verdadera nación autónoma con leyes, idioma y economía propios.

Por otro lado, los otros protagonistas de la batalla de Mbororé fueron los *bandeirantes*, exploradores, aventureros, cazadores y traficantes de esclavos, que actuaban con base en San Pablo y eran una mezcla de portugueses, mercenarios holandeses (flamencos que ya guerreaban con los hispanos en sus propias tierras), mestizos (conocidos como mamelucos) e indios tupíes. Estos estaban agrupados libremente en compañías o *bandeiras*. Tal como los bucaneros y los piratas del Caribe, incursionaban en las misiones de la Compañía de Jesús en busca de esclavos, pues los misioneros habían agrupado las tribus aborígenes y las formaban en toda suerte de oficios, pero estaban indefensos y desarmados por restricciones reales españolas.

El lugar del combate principal se halla sobre el río Uruguay, en las cercanías del cerro homónimo, actualmente parte del municipio de Panambí, en la provincia de Misiones, Argentina.

Los prolegómenos de la batalla

Desde 1620 en adelante, los avances de las *bandeiras* se hicieron tan atrevidos que los hijos de Ignacio de Loyola prefirieron abandonar algunas de sus reducciones y trasladar poblaciones enteras antes que seguir exponiéndose a esos ataques.

La Nación necesita ejercer un control efectivo de las cuencas fluviales. Eso involucra a sus FF. AA.



Peñón de Mbororé
(Misiones, Argentina)

Desde los primeros tiempos de la colonización de nuestro territorio, los cursos hídricos han sido determinantes del desarrollo.

Las autoridades de la Orden resolvieron defenderse. Lograron que el rey de España levantara la Cédula Real que vedaba a los misioneros de proveerse defensas militares y manejar armas de fuego. Trasladaron a varios jesuitas que habían sido militares antes de ordenarse sacerdotes y les encomendaron la organización castrense de los guaraníes. Adquirieron y fabricaron todos los artefactos bélicos disponibles.

También consiguieron del Papa un Breve que fulminaba con excomunión a todo cristiano que cazara indios. No obstante, el documento papal no fue acatado en San Pablo, pues una de sus industrias era, precisamente, la caza de guaraníes para proveer mano de obra gratuita a los ingenios y las *fazendas* de la región.

A fines de 1640, los jesuitas tuvieron evidencias de una nueva incursión de *bandeirantes*, más numerosa que las anteriores. Apresuradamente, concentraron a sus bisoños soldados y maniobraron hasta esperar a los paulistas en el punto de Mbororé, en la actual provincia de Misiones, sobre la ribera derecha del Alto Uruguay.

Más de 10 000 aborígenes armados con toda clase de elementos se aprestaron a defender su tierra; un centenar de canoas y hasta una balsa artillada formaban parte del ejército de la Compañía de Jesús.

Los portugueses venían en 300 canoas y estaban tan acostumbrados a arrear sin lucha a los pacíficos guaraníes que no tomaron las mínimas previsiones aconsejables. Unas oportunas bajantes del río, que los religiosos consideraron una ayuda providencial, contribuyeron a desordenar a los invasores.

El 11 de marzo de 1641, los soldados de Loyola empezaron a arrollar a los *bandeirantes*, y la batalla duró varios días. El ingenio jesuita había provisto a sus discípulos de armas tan curiosas como una catapulta que arrojaba troncos ardientes.

Al final, los paulistas debieron huir desordenadamente por la tupida selva. Anduvieron diez días arrastrando a sus heridos y enterrando a sus muertos, mientras los guaraníes los perseguían y daban cuenta de los últimos restos de la fuerza incursora. Contados sobrevivientes pudieron regresar a San Pablo.

Fue una batalla decisiva y significó un duro escarmiento. No hubo más expediciones *bandeirantes* sobre las reducciones jesuíticas, que se desarrollaron, desde entonces, con todo su esplendor y pacíficamente hasta su expulsión de todos los dominios españoles, el 2 de abril de 1767, por la Pragmática Sanción de 1767 dictada por Carlos III⁽³⁾.

Estado Mayor del ejército misionero

Director técnico de guerra: el ex militar hermano jesuita Domingo Torres, español. Ayudantes del director técnico de guerra: los ex militares hermanos jesuitas Juan Cárdenas, paraguayo, y Antonio Bernal, portugués. Jefes de ataque: el capitán general, Gran Cacique o Mburubichaba Ignacio Abiarú, nativo de la región del arroyo Acaraguá, y el meritorio consejero cacique o Mburubichaba, capitán Nicolás Ñeenguirú, natural de la región del Ibitiracú o de la Concepción, hoy Concepción de la Sierra. Supervisor de guerra: padre jesuita

(3) Estas misiones sudamericanas eran las más conocidas. Hubo, también, otras misiones jesuíticas en el noroeste de México y el Amazonas (Misiones del Marañón).

Pedro Romero, castellano. Asistentes del supervisor de guerra: padres jesuitas Claudio Ruyter, francés, superior de la Misión (se retiró enfermo a San Nicolás); Cristóbal Altamirano, santafesino; Pedro Mola y José Domenech, aragoneses, y José Oregio, flamenco.

Fuerzas en oposición

Batalla de Mbororé	
Fecha	Inicio del combate: 11 de marzo de 1641 (duró varios días)
Lugar	Río Uruguay, cercanías del Cerro Mbororé, municipio de Panambí, provincia de Misiones, Argentina
Resultado	Victoria decisiva de los jesuitas
Beligerantes	
Misioneros y guaraníes de las misiones jesuíticas	<i>Bandeirantes</i> paulistas Tupíes
Comandantes	
R. P. Pedro Romero, S. J. R. P. Claudio Ruyter, S. J. R. P. Cristóbal Altamirano, S. J. Cacique Nicolás Ñeenguirú	Manuel Pires Jerónimo Pedrozo de Barros
Fuerzas en combate (aproximadas)	
4000-4200 indios armados 300 arcabuces 1 cañón Aprox. 100 canoas y balsas armadas	450 <i>bandeirantes</i> portugueses, mestizos (mamelucos) y mercenarios (principalmente holandeses) 2700 indios tupíes 700 canoas
Bajas	
Desconocidas	Desconocidas, casi completas

El carácter internacional y el manejo interprovincial de las cuencas tornan más compleja su gestión, pero ratifican su importancia.

Primera campaña, 1640-1641

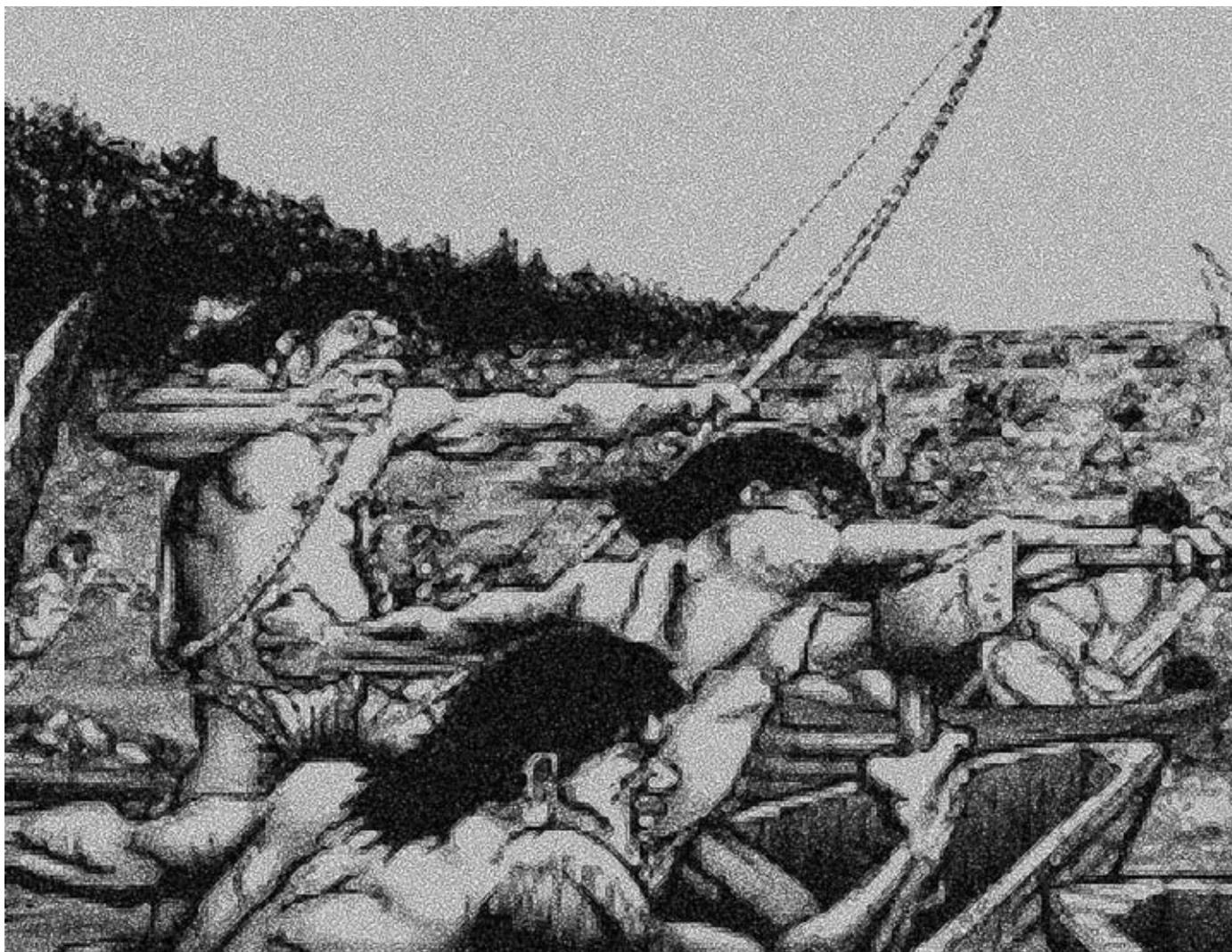
A fines de agosto o principios de septiembre de 1640, la gran *bandeira* partió de Sao Paulo de Piratininga con rumbo a las reducciones del Alto Uruguay, bajo el mando de Jerónimo Pedrozo de Barros y de Manuel Pérez.

Por el camino del occidente de las sierras de la costa del Atlántico, cruzó el Alto Iguazú y acampó en las nacientes del Apiterebí o Chapecó, donde hicieron el campamento principal. Bordeando este arroyo, bajaron a su desagüe en el río Uruguay, construyeron «ranchadas» y, con maderas, cañas y lianas de la región, hicieron canoas, balsas, arcos y flechas.

Una partida bajó en canoas, al impulso de la corriente, a la reducción de la Asunción del Acaraguá, abandonada con anterioridad por sus moradores, que se ubicaron en las cercanías del arroyo Mbororé. Allí construyeron empalizadas para encerrar cautivos y, luego, regresaron a las ranchadas del Chapecó.

El hallazgo de algunas canoas y balsas con flechas y enseres, desprendidas de su amarradero por la creciente del río, confirmó a los sacerdotes la información de los «bomberos» o espías sobre la presencia de los paulistas en las proximidades.

El superior de las misiones, padre Claudio Ruyter, el 8 de enero de 1641 ordenó la urgente concentración de los guaraníes de las reducciones y logró reunir a 4200 indios efectivos del ejército misionero bajo las órdenes de los capitanes Abiarú y Ñeenguirú.



La seguridad y la defensa, aunque se pretenda divorciarlas artificialmente, presentan un flanco fluvial común muy vulnerable.

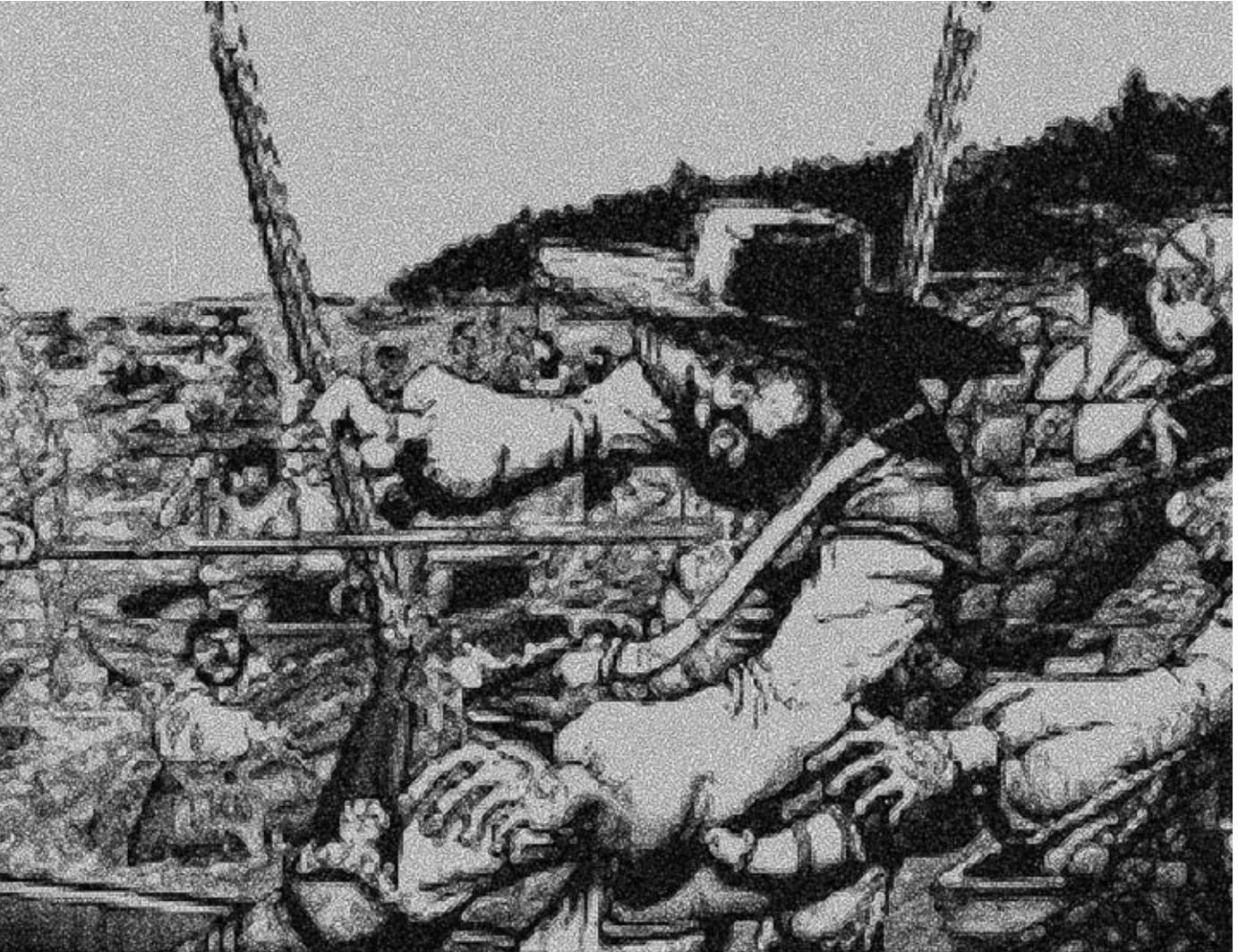
El R. P. Ruyer y estos dos caciques, en una flotilla de canoas tripuladas con los primeros 2000 neófitos concentrados, remontaron el Uruguay hasta el arroyo Acaraguá, donde se les incorporó el padre Cristóbal Altamirano con algunos sacerdotes al frente de otra pequeña agrupación de embarcaciones.

Una ligera partida de soldados misioneros remontó el río hasta las cercanías de las bases enemigas, en la confluencia del Apiterebí o Chapecó, y velozmente, aguas abajo, volvió con información precisa sobre el enemigo.

El padre Ruyer estudió la situación y resolvió el repliegue de las fuerzas a las bases artilladas de Mbororé, actual arroyo Once Vueltas, afluente de la ribera misionera del río Uruguay, aunque dejó una avanzada de quince canoas de guerra frente a las empalizadas de Acaraguá al mando de Abiarú y del padre Altamirano.

Los *bandeirantes*, desde la confluencia del Chapecó, en su flotilla de canoas y de balsas impulsadas por la corriente del río crecido, bajaron al Acaraguá. Su vanguardia, en un aparatoso despliegue de combate, chocó con la vanguardia fluvial misionera.

Abiarú, en una rápida maniobra inicial, con gran audacia, pericia y valor, hundió algunas



canoas paulistas. Cuando estos reaccionaron para un combate formal, el padre Altamirano ordenó al capitán Abiarú regresar a las bases de Mbororé. Al ser perseguido, consiguió atraer a los invasores. Llegó con antelación y se puso al frente de la escuadrilla fluvial de los misioneros.

El 7 de marzo de 1641, un violento temporal cayó sobre el campamento paulista, lo que permitió la concentración de los contingentes de las reducciones para completar el número de guerreros convocados.

El combate

El 11 de marzo, a las 14, la escuadra *bandeirante* de 300 canoas y muchas balsas tripuladas con 450 hombres bien armados con fusiles y el concurso de 2500 indios tupís flecheros atacó la escuadrilla fluvial misionera de 70 canoas tripuladas con 800 misioneros guaraníes, sostenidos por 3400 combatientes fortificados en tierra.

El cañoncito de una balsa blindada, con sus balas encadenadas, los cañoncillos de tucuaruzú retobados con cuero en otras balsas y la fusilería misionera hundieron varias

La Armada debería disponer de una fuerza fluvial consistente en magnitud, capacidades y despliegue.

canoas, desconcertaron el frente de ataque e introdujeron cierto desorden en la retaguardia de los invasores.

El jefe *bandeirante* Jerónimo Pedroso de Barros se vio obligado a bajar a tierra, cruzar un arroyo grande y atacar por la retaguardia a un grupo de tiradores que acosaba a sus tropas. Consiguió disolverlo inicialmente, pero el grupo de arcabuceros reaccionó y contraatacó a Barros, que se vio compelido a refugiarse en una empalizada hecha por sus pontoneros al inicio del combate.

La lucha en el río y en tierra se generalizó con furia y encarnizamiento hasta quedar suspendida a la entrada de la noche. Los contendientes buscaron descanso en sus respectivos refugios y se reorganizaron.

Los días subsiguientes, desde el 12 de marzo, trabaron combate implacable durante las horas de sol, con la mayor agresividad por ambas partes. En las vísperas del octavo día consecutivo de pelea, a altas horas de la mañana, los paulistas, cuyas canoas habían sido capturadas con anterioridad y luego de serles rechazado un pedido de parlamento, huyeron por la izquierda del arroyo Mbororé u Once Vueltas, hacia el interior de la selva.

Los misioneros los persiguieron entre las marañas, en lucha furiosa cuerpo a cuerpo. En una de estas acciones, cayeron prisioneros los capitanes Abiarú y Ñeenguirú. Sus compañeros, en un gran esfuerzo, recuperaron a sus líderes a una legua del desagüe del Mbororé.

Los perseguidos, en derrota, en la oscuridad de la noche, despistaron a sus perseguidores y, por las serranías tupidas de vegetación, en cinco días de retirada muy penosa, llegaron a las empalizadas de la Asunción del Acaraguá.

Al otro día, al considerarse libres del acoso, comenzaron el ornamento del campamento, para rememorar la Semana Santa. Así, fueron atacados por Abiarú con 150 misioneros de guerra y el padre Cristóbal Altamirano. Ante el empuje de los atacantes, los sitiados abandonaron las empalizadas y nuevamente se internaron en las frondosas serranías.

En una huida más larga y dolorosa, llegaron al Gran Salto del Uruguay (también conocido como salto Yarequitaguazú o Moconá o Tucumá por los brasileños) y por un paso angosto cruzaron a la margen izquierda del Uruguay.

En marcha forzada, recruzaron el mismo río, se acamparon en las ranchadas de la confluencia del Apiterebí o Chapecó y, luego, siguieron hasta el campamento de las nacientes de este último río.

El padre Altamirano y Abiarú, con sus fuerzas, regresaron al Mbororé a celebrar la victoria con un Tedeum festivo.

Segunda campaña, 1641-1642. *Bandeira paulista de socorro*

Luego de la derrota de la *bandeira* de Mbororé, San Pablo organizó y envió una *bandeira* de socorro que llegó al campamento del Apiterebí o Chapecó poco antes de finalizar 1641.

Los derrotados fueron incorporados a la nueva expedición paulistana, y esta, ansiosa de cautivar indios y de vengar las derrotas de su antecesora, bajó por otro camino a

Los ríos son vías de comunicación y de enlace esenciales; Argentina aún no reconoce el potencial económico fluvial.

las ranchadas de la barra del Apiterebí. Rehizo las anteriores empalizadas, construyó nuevas balsas y canoas, y se rearmó con arcos y flechas. Luego, descendió navegando hasta la barra del arroyo Yabotí, afluente del Uruguay, en la provincia de Misiones. Allí levantó una fuerte empalizada como última tarea preparatoria para el avance a las reducciones del sur.

El Estado Mayor de Guerra de los misioneros, informado por los «bomberos» sobre estas nuevas actividades de los invasores, destacó al supervisor de guerra, padre Cristóbal Altamirano, y al capitán Abiarú, con 150 aguerridos guaraníes cristianos contra los invasores en el Yabotí.

En momentos en los que los *bandeirantes* esperaban concentrar las fuerzas de ambas bases, Abiarú, en un arriesgado ataque bien concebido y ejecutado, hizo desalojar de la empalizada a los paulistas y los obligó a huir a las serranías boscosas.

En otra sufrida marcha, peor incluso que la de los derrotados de Mbororé-Acaraguá-Moconá, los invasores buscaron el auxilio de sus compañeros de las bases del Apiterebí. El padre Altamirano y los 150 combatientes de Abiarú atacaron con incontenible intrepidez las estacadas de esas fortificaciones y las hicieron desocupar.

Los derrotados nuevamente se internaron en las selvas, hostigados por las fieras y las alimañas, los indios guayanás y los misioneros, hasta más allá de las ranchadas de Chapecó, de regreso a la ciudad de San Pablo, Brasil. Muy pocos lograron salvarse.

Importancia de la victoria de Mbororé

Si no hubiera sido por esta curiosa batalla anfibia, con varias etapas en el río y otras en la selva, el avance portugués se habría extendido infaliblemente sobre Misiones y Corrientes, probablemente hasta Entre Ríos, y el mismo Paraguay hubiera sido anexado. La remota y casi olvidada batalla de Mbororé salvó esa vasta comarca de la incursión portuguesa.

El historiador brasileño Alfonso de E. Taunay en su *Historia das Bandeiras Paulistas* menciona que el gobernador del Paraguay, Gregorio de Hiestrosa, el 6 de septiembre de 1641, en una carta a la Audiencia de Charcas, decía: «que los paulistas tan pronto no volverían a la carga. Durísima les fuera la lección. La victoria trajo las más importantes consecuencias para la seguridad del Paraguay, Buenos Aires y Perú».

El rey de España, Felipe IV, por cédula del 7 de abril de 1643, resolvió que «durante diez años no se cobrasen tributos a los indios del Plata y del Paraguay ni fuesen encomendados en testimonio de reconocimiento por lo que ocurriera».

El padre Pablo Hernández, S. J., en su obra *Organización Social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús*, expresa: «Con la batalla de Mbororé terminó para los paulistas el propósito de destrucción de las reducciones. Puede fijarse, pues, en esta época, el establecimiento definitivo de las Doctrinas en los parajes que ocuparon hasta la expulsión de los jesuitas».

El padre Guillermo Furlong S. J., académico y ex presidente de la Academia Nacional de la Historia, en su compendio de historia regional *Misiones y sus Pueblos de Guaraníes*, declaró que: «la gran batalla naval de Mbororé fue la primera en los fastos navales argentinos». ■

El transporte fluvial de bandera (hoy minimizado al extremo) y la capacidad portuaria son deficitarios. Eso dificulta y encarece el comercio interno y exterior.

BIBLIOGRAFÍA

- Luna, Félix, 1980, *Conflictos y Armonías en la Historia Argentina*, Buenos Aires, Editorial Belgrano.
- es.wikipedia.org, consultado en abril de 2013.
- www.territoriodigital.com, visitado en abril de 2013.